

RECENSIONES

BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a, *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Madrid, Alianza, 2012, 351 pp.

Este libro no es ni más ni menos que una tesis doctoral, como éstas debieran hacerse, es decir con seriedad, mostrando credenciales auténticas para acceder a la comunidad investigadora universitaria, y hasta con un toque magistral; que estos trabajos son para dejar huella y, en buena medida, abrir caminos. Dirigida por el profesor Eduardo González Calleja, fue leída en la Universidad Carlos III de Madrid, obteniendo la calificación de Sobresaliente Cum Laude ante un tribunal integrado por Julio Aróstegui, Ángel Bahamonde, Marcelo Frías, Jesús Martínez y Francisco Villacorta.

De interés porque, si habitualmente las tesis doctorales resultan ser la primera investigación de un autor novel, aquí no ha el caso: José María Báez, profesor de Enseñanza Media, ya había demostrado con anterioridad su talante investigador, con la publicación de diversos artículos y la participación en algunos libros y proyectos de investigación, mayormente en el ámbito del deporte; es decir que, en buena medida, es la continuación de un proyecto, que no su culminación, antes bien -esperamos- puerta abierta para posteriores fecundas incursiones, sea de profundización sea de ampliación de campo o marco temporal.

Pero por ello, primero o al tiempo, un buen conocedor de la historia de la época de la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, años estos en los que incide *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*. Sin un buen enmarque en la historia general, tanto española como, por ende, internacional, estos estudios suelen quedar un tanto desvaídos. Y sobre todo con una amplia dedicación de esfuerzos y tiempo, que la investigación requiere tanto la intensidad en el trabajo como la maduración y el reposo. O sea que, por todo ello, bienvenido sea.

Se trata de un análisis sobre el desarrollo del ocio de masas en Madrid entre 1923 y 1936, centrado en los espectáculos, relacionado con el proceso modernizador y democratizador que vive la capital de España en estos años, con reflejos también en el crecimiento de los medios y obviamente en el urbanismo; no en vano, al tiempo que crece el ocio multitudinario, se produce un proceso político que desemboca en la implantación de la democracia en España. O sea que si la modernización corre paralela a la creación de la sociedad de masas, el deporte, el cine, los toros, el teatro, la zarzuela y la música, como analiza el autor, contribu-

veron a configurar una ciudadanía que fue más crítica, libre y participativa que las anteriores.

Estamos ante un cambio histórico. Si en el contexto decimonónico, en buena medida el deporte era visto, en especial por el marxismo clásico, bien que con la excepción de Paul Lafargue, como un factor de alienación (lo que, también en parte, será aceptado por la Escuela de Frankfurt), dado el contraste en exceso entre unas jornadas inhumanas de trabajo para el proletariado y, al tiempo, la caracterización inicial del *sport* como un elemento de distinción clasista, las progresivas consecuciones del mundo del trabajo, que culminan en la jornada de ocho horas o 40 semanales, y la conversión del ocio en un derecho civil provocan un cambio en su consideración, y al tiempo una democratización de su práctica. La primera Guerra Mundial, podría ser considerada como la línea de separación de una y otra época, bien que algunos países se habían adelantado en parte, anglosajones y germanos en especial, y que a otros llegue con algún quinquenio de retraso, caso de España.

Con un tiempo libre democratizado a partir de la Gran Guerra, las grandes metrópolis, y entre ellas Madrid, vieron nacer un nuevo sector económico: la industria del ocio convertida en el negocio modernizador por antonomasia. Como señala acertadamente González Calleja en el Prólogo, la radio, el cine y el fútbol irrumpen con fuerza en las costumbres de la población internacional y española, convirtiéndose en distracciones generalizadas y en paradigmas de la modernidad. Con lo que se desencadenan tres grandes procesos: el abandono de las culturas localistas por la uniformización de los gustos, una imposición de los modelos de comportamiento impuestos por los espectáculos más vanguardistas, que generan en las clases medias y en especial en el mundo universitario aspiraciones a vivir como la burguesía americana en dichos años, y hasta un reemplazo de las manifestaciones y algaradas políticas por la asistencia en estadios, cines y cosos taurinos a estas diversiones, cada vez más populares. Preludio todo ello de redimensión posterior, hasta abocar en nuestros días entre las manifestaciones más eximias de la globalización.

Las estrellas del espectáculo, fuesen toreros, deportistas, cantantes o estrellas de cine, ejercieron un poderoso influjo sobre la población, en buena medida porque muchos de ellos procedían de un entorno social humilde. Gracias al éxito consiguen ascender en la pirámide social en plena juventud sin haber tenido que dedicar largos años de estudio y de preparación -tampoco entonces la enseñanza y la cultura eran accesibles a todos-, para disfrutar del triunfo y de un alto nivel de ingresos. Las gentes se identifican con estos personajes. La popularidad de Ricardo Zamora, comparable a la de Juan Belmonte, Marcial Lalanda, Imperio Argentina o Concha Piquer llega a su cenit.

En definitiva, para el caso de Madrid y de España, insiste acertadamente el autor -lo que rubricamos-, la clave estriba en que este ocio masivo que crece con la Dictadura, contribuyó a la democratización social. La sociedad madrileña se acostumbra con los espectáculos a compartir asiento o a tener al lado a cualesquiera otra persona sin distinción de edad, sexo y, en buena medida, clase social (el ocio como elemento aglutinador de la sociedad); comunión en libertad que aumenta en

la época republicana, pero que, al tiempo, en parte por falta de consolidación o por no afectar al conjunto de la sociedad española, esencialmente a la rural, fue incapaz de contrarrestar las tensiones que, a la postre, provocarían el levantamiento militar y el estallido de una guerra incivil y fratricida, como fue la de 1936-1939. Censura esta que romperá la trayectoria anterior, y que solo de modo muy lento encontrará alguna recuperación en la España de bien entrada la posguerra.

Juan José Fernández

PAZ REBOLLO, M^a A., MONTERO DÍAZ, J., *Lo que el viento no se llevó. El cine en la memoria de los españoles, 1931-1982*, Madrid, Rialp, 2011, 222 pp.

El cineasta Jacques Rivette decía que el autor habla siempre en primera persona; el espectador también lo hace. ¿Cómo es la experiencia cinematográfica para el que ve una película? ¿Qué busca? ¿Qué encuentra? *Lo que el viento no se llevó. El cine en la memoria de los españoles (1931-1982)* tiene mucho de historia oral y, por lo tanto, está sometido a la sospecha de la subjetividad y del filtro del tiempo recorrido. Por el contrario, y paradójicamente, también tiene el valor de lo subjetivo, del testimonio del que vivió el momento histórico como un todo y no como fragmentos inconexos en busca de sentido ¿Qué pasó en la realidad? ¿Qué quedó en la memoria? ¿Cuál de las dos preguntas es más importante? Los autores han realizado una encuesta a 1785 personas mayores de 70 años para saber cómo iban al cine y qué películas vieron. Paralelamente hicieron cerca de 100 entrevistas en profundidad para buscar los relatos personales, que no son estadísticamente impecables, pero que dan una dimensión necesaria para la construcción del relato de todo lo demás.

La primera parte del libro -que de alguna forma se extiende por todo él- consiste en una explicación de los límites que tiene un estudio de estas características. Primero se realizan entrevistas a personas que son diferentes de aquellas cuyo testimonio se busca. Se quiere hablar con la joven o el joven que fue al cine por primera vez, que cuente que vio y cómo lo vivió, pero ese testimonio, de forma pura, ya es imposible, aunque sigue teniendo significado y valor, pero también limitaciones. Tampoco se puede asegurar el salto inductivo en cada caso. Incluso, según prueban los autores, hay un problema básico: la memoria falla. Cuando se pregunta por la película que más les marcó de la Segunda República aparece *Morena Clara*, estrenada en Madrid y Barcelona en abril de 1936 (p. 41). Segundo está la ambición del proyecto. Hablamos de experiencias cinematográficas en personas que fueron al cine en el período 1931-1982, en el que lo que conocemos sociológicamente como España se destruyó e inventó varias veces. Por lógica, se entiende la advertencia de que nos hallamos ante “un estudio de carácter exploratorio”; no puede ser de otra forma cuando el objeto de análisis no es otro que el cine y la vida social a través de dos tipos de preguntas. Por un lado están las